

Corbin, Alain. *Historia del silencio. Del Renacimiento hasta nuestros días*. Barcelona: Acantilado, 2019, 152 pp.

Sebastián Vargas Álvarez
Universidad del Rosario, Colombia

Alain Corbin (Lonlay-l'Abbaye, Francia, 1936) es principalmente reconocido por sus aportes a una historiografía de las sensibilidades, las emociones y el cuerpo, en una línea que se inscribe en la tradición de la historia de las mentalidades (escuela de los *Annales*), así como de la historia cultural. Enfocado sobre todo en los siglos XVIII y XIX, ha abordado el pasado a partir de lo olfativo¹, lo sonoro² y lo corporal³.

En su último libro, merecedor en 2016 del Premio Roger Caillois (categoría de ensayo), Corbin acomete la historia de algo tan intangible como universal: el silencio, la contraparte de la palabra, y de manera más general, del sonido. Intangible porque el silencio no tiene materialidad, y para estudiarlo debemos acudir a lo que se dice acerca de él, las actitudes, los usos y las disposiciones diferentes frente a este. Universal porque el silencio y sus múltiples formas, significados y modalidades han estado presentes en sociedades de épocas, lugares y características culturales diversos. Parafraseando la obra de otro historiador francés, François Hartog, podríamos afirmar que la apuesta de Corbin consiste en historizar los “regímenes del silencio” del mundo occidental desde el Renacimiento hasta el presente⁴.

En un siglo XXI caracterizado por el constante “ruido” derivado de la aceleración del ritmo de vida impuesto por el capitalismo global y la hipermediatización —desde los noticieros en tiempo real hasta las redes sociales y la mensajería instantánea de nuestros dispositivos móviles—, constantemente estamos conectados, comunicándonos con otros. Y nos hemos olvidado de guardar silencio, de escucharnos a nosotros mismos. El autor parte de comprender (y quizás transformar) este presente ruidoso a partir de la indagación de los sentidos históricos del silencio: “la evocación del silencio de otros tiempos, de las modalidades de su búsqueda, de sus texturas, de sus disciplinas, de sus tácticas, de su riqueza y de la fuerza de su palabra tal vez pueda contribuir al reaprendizaje del silencio, es decir, del estar con uno mismo”⁵.

Este tipo de apuestas caracterizarían una historia de las emociones que, más que explicar (o además de ello), busca estimular la imaginación y la sensibilidad del lector. Al respecto, Corbin apunta que “la historia ha pretendido ‘explicar’ con excesiva frecuencia. Cuando aborda el mundo

1 Alain Corbin, *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social, siglos XVIII y XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 1987).

2 Alain Corbin “De Lemosín a las culturas sensibles”, en *Para una historia cultural*, dirigido por Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli (Madrid: Taurus, 1999), 109-124.

3 Alain Corbin (dir.), *Historia del cuerpo (II). Desde la Revolución a la Gran Guerra* (Madrid: Taurus, 2005). Segundo volumen de la obra colectiva dirigida por Alain Corbin, Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello.

4 François Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo* (México: Universidad Iberoamericana, 2007).

5 Alain Corbin, *Historia del silencio. Del Renacimiento hasta nuestros días* (Barcelona: Acantilado, 2019), 8.

de las emociones debe también, y ante todo, hacernos sentir, en especial cuando se trata de universos mentales desvanecidos. Así pues, es indispensable recurrir a un gran número de citas reveladoras. Sólo ellas permiten que el lector comprenda de qué manera los individuos del pasado han experimentado el silencio”⁶. Desde este punto de vista, *Historia del silencio* es una lectura apta tanto para un público especializado (historiadores, literatos, filósofos, etc.) como para el público en general. Su narrativa es fluida y amena, y se va hilando a partir de ejemplos provenientes de la literatura, la historiografía, la pintura, el cine, etcétera. Así mismo, posee un aparato crítico amplio que incluye las obras citadas traducidas al castellano, por si el lector desea adentrarse más en alguna de las múltiples ramificaciones de la historia del silencio⁷. El ensayo está compuesto por nueve capítulos, breves pero sustanciosos, a partir de los cuales se abordan diferentes dimensiones del silencio: sus lugares, búsquedas, aprendizajes y disciplinas; sus palabras y tácticas; su relación con el amor y con la naturaleza.

Las fuentes utilizadas por el autor provienen de diversos campos de la experiencia humana: literatura, teología, filosofía, pintura, cine. Corbin se remite a citas, pasajes, poemas, investigaciones, y representaciones de diversos pensadores/creadores que han reflexionado sobre el silencio, la oración, la meditación, el alejamiento, la soledad, la modestia o la prudencia. Por el libro desfilan las ideas de novelistas como Max Picard, Honoré de Balzac y Marcel Proust; poetas como Georges Rodenbach y Victor Hugo; místicos como Charles de Foucauld, Ignacio de Loyola y Teresa de Ávila; filósofos como Paul Valéry y Gaston Bachelard; tratadistas como Baldassare Castiglione y el abate Dinouart; historiadoras como Michelle Perrot e Yvonne Crebouw; pintores como Rembrandt, Edward Hopper y Salvador Dalí; y cineastas como Friedrich Wilhelm Murnau y Michelangelo Antonioni. A pesar de ser amplio y heterogéneo, se percibe en este catálogo de ejemplos un desbalance en términos de género, y una geografía del silencio que se restringe casi exclusivamente a Europa occidental. Allí radica, quizás, la principal crítica que podría hacerse al libro.

A partir de estos fragmentos textuales y visuales, de estas huellas o testimonios de culturas pasadas, el autor va componiendo su relato, reconstruyendo los diferentes aspectos del silencio como objeto histórico. Uno de ellos son los *lugares* que se asocian con el silencio o donde este suele practicarse: la casa y, de manera especial, la habitación (incluidos sus objetos y decoraciones, como las ventanas y los espejos). También se refiere a los monumentos, las catedrales e iglesias, los claustros y cementerios, las ruinas. Curiosamente, Corbin no menciona la biblioteca y el archivo, hábitats naturales del historiador que suelen estar signados por el código del silencio. Pero, en cambio, sí plantea una reflexión epistemológica respecto del “silencio de los historiadores y sobre la configuración de su laconismo”, que, según él, “proviene a veces del déficit de huellas y a veces del rechazo al registro. De todas maneras, a ellos, en presencia de sus fuentes, les corresponde reflexionar sobre el significado de su mutismo”⁸.

Otra entrada es la relación del silencio con *la naturaleza*: con la noche y lo nocturno, con la luna. El desierto, la montaña, los bosques y hasta los poblados provincianos son espacios del

6 Corbin, *Historia del silencio*, 7-8.

7 La mayoría de las fuentes bibliográficas son en idioma francés, pero el traductor (Jordi Bayod) y los editores de Acantilado han hecho un excelente trabajo para referenciar las que se encuentran traducidas al castellano, y al final se incluye un listado bibliográfico de estas obras.

8 Corbin, *Historia del silencio*, 71.

silencio que se contraponen a la ruidosa modernización de los centros urbanos industrializados. Allí, las voces de los animales y otros actores no humanos contribuyen a la extensión del silencio.

Corbin también menciona las *búsquedas* del silencio, protagonizadas sobre todo por religiosos y místicos que dedicaron una vida de meditación, oración, concentración y aislamiento a encontrar la palabra de Dios. La palabra del silencio también atrajo a los laicos: en la Edad Moderna, del Renacimiento a nuestros días, han sido muchos los pensadores y creadores que entendieron que la palabra, el pensamiento, surge del silencio, en la reflexión e introspección profundas.

Los aprendizajes o *disciplinas* del silencio, por su parte, no son el resultado de una búsqueda individual, sino de una estructuración social que regula las modulaciones colectivas del hablar y del callar. Se trata de principios jerárquicos que deben ser aprendidos e interiorizados por el sujeto, so pena de infringir las normas sociales y ser marginado por ello: hay lugares y momentos en donde se debe guardar silencio. “El mandato de guardar silencio concierne, claro está, a lugares privilegiados: iglesias, escuelas, colegios e institutos, ejército..., así como a determinadas circunstancias que atañen a la urbanidad, a la cortesía, a la sumisión”⁹. Así mismo, hay quienes tienen la potestad de hablar, y quienes deben limitarse a escuchar (y obedecer). Según un manual de urbanidad francés del siglo XIX, “los niños [...] deben callar en presencia de los adultos, sobre todo cuando éstos tienen el uso de la palabra. Durante siglos, los sirvientes deben guardarse de hablar si el amo no los invita a hacerlo. En las zonas rurales, sucede otro tanto en las relaciones entre trabajadores agrícolas y patrón”¹⁰. Es evidente en este capítulo del libro la sintonía con una perspectiva foucaultiana¹¹, en el sentido de que las disciplinas del silencio tienen que ver con las relaciones de poder y el control de las corporalidades propias de la sociedad moderna occidental: “el lenguaje corporal busca desde entonces el silencio de las actitudes y de las palabras; hablar de las sensaciones gustativas internas se considera una ofensa contra el decoro [...] en el interior de numerosas comunidades, el silencio es un instrumento de poder. ‘Rehusar oír y ver al otro, impedir que deje huella, es condenarlo a una forma de no-ser’”¹².

Paralelamente, desde el siglo XVII, Corbin identifica diversos usos sociales del silencio, más allá de las búsquedas individuales o del disciplinamiento de los cuerpos: las *tácticas*. Por un lado, las que se explican en tratados de prudencia, modestia y buen gobierno, que presentan al silencio sobre todo como una virtud. Por otro, la taciturnidad y timidez como actitudes que puede encarnar el individuo para desenvolverse en la sociedad. También, el silencio del soldado o del cazador, vital para sobrevivir en el campo de batalla o atrapar a la presa. Pero lo más interesante de esta parte del libro, es la táctica silenciosa del campesino, cuya palabra es rara, valiosa y escasa: “en el campo, el silencio es ante todo una táctica. Protege de la revelación de los secretos de la familia, de cualquier ataque contra el patrimonio de honor. Asegura la solidaridad del grupo. Oculta la amplitud de los bienes poseídos y de los proyectos de adquisiciones. Disimula los eventuales deseos de venganza. Callar es protegerse de la circulación de los chismorreos del otro, que intenta incesantemente penetrar en lo que se oculta tras el silencio. Es preciso comprender que en este medio los proyectos, ambiciosos o trágicos, tardan mucho tiempo en hacerse realidad. Lo esencial, por lo tanto, es no

9 Corbin, *Historia del silencio*, 66.

10 Corbin, *Historia del silencio*, 69.

11 Michel Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2002 [1975]).

12 Corbin, *Historia del silencio*, 70-71.

descubrirse”¹³. Si en el capítulo anterior resuena la perspectiva de Foucault, aquí recordamos la idea de táctica como arte de los débiles de Michel de Certeau¹⁴.

El silencio también se relaciona en la modernidad con el amor y el afecto. Con el placer sexual y la sensualidad erótica, la masturbación y la intimidad. Sin embargo, el silencio que permite la construcción de un vínculo entre los amantes, también puede destruirlo. Así como hace nacer el amor, puede procurar el odio, o convertirse en un pegamento que mantenga unida, en la costumbre y la cotidianidad, a una pareja allí donde ya no hay amor ni pasión.

Finalmente, el autor se refiere al lado negativo y trágico del silencio: la ausencia, indiferencia (o inexistencia) de Dios, con la cólera y angustia consecuentes que esto genera. Las asociaciones del silencio con la enfermedad, con la muerte. La tumba como el último lugar del silencio. Parajes de desolación, aislamiento y silencio que hoy se tornan vigentes y vívidos con la cuarentena obligada en casi todo el planeta por cuenta de la COVID-19.

Como ya señalé, la obra adolece de cierto eurocentrismo, y sin duda esta exploración de la historia del silencio sería ricamente complementada con aportes sobre las memorias sonoras, las experiencias de lo auditivo y lo silencioso en Colombia y América Latina. Se trata de una historia que todavía está por hacer, y de la cual los trabajos de Corbin se constituyen en referentes y fuentes de inspiración.

La *Historia del silencio* de Alain Corbin es un libro entretenido, interesante y bien documentado, que nos puede ayudar, como sugiere el autor en el prólogo, a acercarnos a los usos y significados históricos del silencio para encontrarnos con nosotros mismos. Pero, sobre todo, nos sensibiliza y prepara para una ética de la escucha, fundamental en el momento histórico actual, en el que la sociedad colombiana se debe comprometer con la paz, la reconciliación y la no repetición de hechos atroces, y los historiadores debemos guardar silencio para escuchar y dar cuenta de los múltiples testimonios del pasado.



Sebastián Vargas Álvarez

Historiador y Magíster en Estudios Culturales, Universidad Javeriana. Doctor en Historia por la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México. Director del Programa de Historia, Universidad del Rosario. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: *Recorridos de la historia cultural en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional/Universidad Javeriana/Universidad del Rosario, 2019 (coeditado con Hernando Cepeda), y “Genealogías da história pública na Colômbia: fragmentos de uma prática intelectual”. En *História pública e história do presente*, Viviane Borges y Rogério Rosa, editores (São Paulo: Letra & Voz, 2020) [en prensa].

13 Corbin, *Historia del silencio*, 108.

14 Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano 1. Artes del hacer* (México: Universidad Iberoamericana, 2007 [1980]). El autor cita a Foucault, pero no a De Certeau.